

COMENTARIO A LA LITURGIA DEL DOMINGO

IV Domingo de Adviento, Ciclo A

Hermanos el cuarto domingo del Tiempo de Adviento es especial para nosotros porque está dedicado a nuestra Madre del Cielo, la Virgen María, que es la gran protagonista de este tiempo de espera y de preparación. El centro de toda la Liturgia de la Palabra es el relato que hace el evangelista Mateo en el capítulo 1 sobre nuestra Madre y la forma como ella le respondió a Dios con el sí incondicional que permitió a la segunda persona de la Trinidad encarnarse y entrar en nuestra historia. Ese evangelio es precedido por un trozo del capítulo 7 del Profeta Isaías y la primera parte de la Carta del Apóstol san Pablo a los Romanos. El Salmo será el 23 al que respondemos "Va a entrar el Señor: Él es el Rey de la gloria".

El Profeta Isaías, que es otro de los personajes del Adviento, en la primera lectura, nos presenta el anuncio de la señal que envía Dios desde el cielo después del segundo anuncio que Aram estaba por atacar Jerusalén. En la primera intervención de Isaías presentada en este capítulo séptimo, Dios habla que en ese momento no habrá destrucción, sino que ocurrirá después. Por lo que el segundo anuncio, que es el objeto de este trozo que leemos, a parte de presentar a Dios como cansado que se le pida una señal, algo que no quería Ajaz, muestra de todos modos que Dios por su cuenta decide enviar su señal: "Miren: la virgen está encinta y da a luz un hijo, y le pone por nombre Emmanuel (que significa: «Dios-con-nosotros»)". Es una señal desconcertante porque tanto para ellos, como para nosotros, no es posible, al menos por mecanismos naturales, que una mujer conciba un hijo sin el concurso de un padre, sin el desarrollo de la relación íntima, que en todo caso destruiría la virginidad de la mujer. Pero Dios quiere que esa sea la señal, porque Él es Todopoderoso, y en la historia hizo que mujeres consideradas estériles o biológicamente no aptas para engendrar por haber pasado su edad, concibieran hijos que se hicieron notables en la historia de Israel. Pensemos sólo en el caso de Sara, la esposa de Abrahám, que en la ancianidad concibe a Isaac y así se cumple la promesa de una descendencia "incontable como las estrellas del cielo o las arenas del mar". De modo que si Dios promete que se hará presente por el hijo de una virgen, que se hará "Dios-con-nosotros", entonces es una señal confiable y la muestra de que ese Dios quiere la salvación para sus hijos.

El cumplimiento de la promesa hecha en tiempos de Isaías se realiza con la elección María, que estaba desposada con José, y como nos cuenta Mateo, resultó ser que antes de vivir juntos ella esperaba un hijo por obra del Espíritu Santo. Mateo no nos ofrece los detalles del diálogo de la Virgen con el ángel, como si lo hace Lucas, sino que lo da por cierto y se detiene en los detalles posteriores al momento en que José se entera del embarazo de su prometida, con quien no ha convivido. Por ley debía repudiarla públicamente, someterla al escarnio público por su falta, pero Mateo nos dice que José era justo, y aunque dolido, su decisión había sido repudiarla en secreto. Dios con la intervención de su ángel aclara las cosas y le da a José la potestad de ser el padre adoptivo del Mesías. Como vemos de esta narración, José y María vivieron momentos de dificultad en su relación, pero Dios mismo les ayudó

a ver su designio sobre ellos, que en definitiva fue el de traer y dar el ser a su Hijo amado.

Hoy José y María somos cada uno de nosotros, los cristianos de esta época, quienes debemos engendrar en nuestros corazones al Mesías que todos anhelan y que pocos se atreven a pedir. Hoy, si vemos a nuestro alrededor, nos daremos cuenta que muchos de los que nos rodean están por caminos alejados de Dios, con valores que distan mucho de lo que quiere Dios para sus hijos. Con un camino seguro a la perdición y a la muerte espiritual. Y como en aquél tiempo Dios quiere enviar la señal de una virgen que concibe, que lleva en su ser al prometido como Salvador. Y esa virgen debe ser cada uno, que preparándose conscientemente, abre su corazón para que el Espíritu Santo obre el milagro de engendrar al Mesías, de traerlo a nosotros en su divinidad y corporeidad con la eucaristía y la comunión que recibimos. Y, como María, llevar a ese Jesús a todos los que lo necesitan y esperan.

Te invito a que le pidas a la Virgen María que te dé sus mismos sentimientos y amor por su Hijo Jesús, para que, como ella, seas portador de este Señor que vino para salvarnos.

Fuente: Radio vaticano. (con permiso)